

Dióse por notificado el presidente de la República, y sintióse desde aquel día más libre de estorbos en el desempeño de sus funciones; pues sabía que en las sesiones secretas del congreso se le había comparado á Diocleciano y á Nerón. En cuanto á los diputados, tenían triste el semblante. La mayor parte de ellos no se daban por satisfechos con la gloria conquistada. Además, se les habían acabado las dietas, y aunque tenían en perspectiva los viáticos para volverse á la provincia, les asustaba el porvenir.

V

ENRIQUE EN EL COLEGIO

Terminadas sus tareas legislativas y disponiéndose á volverse al lugar de su antigua residencia, Gaspar se acordó de que era padre y quiso hacer una visita al hijo á quien había enviado á la corte á fin de que se educara con arreglo á las "exigencias" del día, recomendándole, según hemos dicho antes, á una de las notabilidades del liberalismo.

Cuando Gaspar—después de haber recorrido dos ó tres patios, donde los alumnos del colegio se entregaban al pugilato, y unos cuantos corredores, en los cuales oyó conversaciones que de puro libres le chocaron, no obstante lo liberal que era,—entró en la celdilla de Enrique, hallóle negligentemente recostado en una silla, con las piernas extendidas y un grueso puro habano en la boca. Le acompañaban tres ó cuatro condiscipulos: en la mesa había diversas copas empañadas y una botella de Chateau-Lafite, casi á la mitad. Al llegar Gaspar, uno de los colegiales recogió de la mesa y se echó en el bolsillo una baraja con la mayor flemma del mundo. Aquellos muchachos insolentes no se pusieron en pie á la llegada de la visita.

—Niños, buenas tardes. ¿Cómo la pasan ustedes?

—"La, la Tout doucement."

—Enrique, ¡qué grande estás ya! ¿Te ha escrito tu madre?

—Se cansó ya de hacerlo y, como hacía seis meses que yo no le contestaba, lleva dos de haber suspendido sus cartas.

—No conviene proceder así, Enrique.

—¡Diablo!—dijeron entre dientes los muchachos.—Este hombre es una fiera. Enrique, "au revoir. ¡Que tu vas t'amuser ave cet hom me faroche de ton pére!" ¡Buenas tardes, caballero!

—Pásenlo ustedes bien, amiguitos. ¡Qué bien se expresan en el idioma del patriarca de Ferney!

a
—Casi no se habla otro en el colegio.

—No me disgusta eso; pero desearía que diesen preferencia al inglés, y que, sobre todo, para nada se hablase el castellano. Cuando recuerdo que ha sido éste el idioma de Hernán Cortés y de los inquisidores, me da rabia oírlo. El idioma del porvenir no es otro para los mexicanos que el inglés. La imperfecta y viciosa civilización colonial ha de desaparecer forzosamente, invadida muy presto por la civilización anglo-sajona. Nuestra sociedad enfermiza necesita transfusión de sangre, de religión, de idioma y de costumbres públicas y privadas. ¿Hablas el inglés, Enrique?

—"Very little, my father."

—Que quiere decir, algo, un poco, un tanto cuanto, así, así; ¿no es esto, Enrique? Te confieso que en el inglés soy mucho más fuerte que en el francés, y con ayuda de un diccionario por-

tátil había llegado á traducir la mayor parte de los rótulos de los hoteles de Nueva York. Pero, hablando de otra cosa, Enrique, esta pieza apesta horriblemente á vino y á humo de cigarro. ¿Por ventura, hacen ustedes uso frecuente de bebidas espirituosas?

—Únicamente en los cumpleaños de los condiscípulos.

—Advierto, además, que eres un fumador consumado, y te diré que, á tu edad, es una falta de respeto fumar delante de tu padre.

—¡Bah! Preocupaciones! (Echa una bocanada de humo á Gaspar en el rostro.)

—Preocupaciones ó no preocupaciones (tose dos ó tres veces), yo me ahogo en esta atmósfera y quiero salir del cuarto.

—Vamos, pues, á la biblioteca y allí presentaré á usted al director.

Llegaron Gaspar y Enrique á una hermosa sala: en el centro de ella había una mesa y en el centro de la mesa un quinqué muy elegante, que llegada la noche debía iluminar toda la pieza, cuyas paredes estaban cubiertas con estantes de libros. Un hombre de elevada estatura y de fisonomía un tanto cuanto franca y bonachona, realzada por un bigote ligero y atusado

con cera, estaba junto á la mēsa, leyendo: tenia gorra y bata griegos y unas pantuflas de canevá, no sé si griegas ó romanas, pero en el centro de las cuales habia bordados unos gatitos monteces en actitud de arañar. Enrique hizo la presentación del autor de sus días á Monsieur Dionisio, director del colegio, pues no era otro el personaje que leía y á quien hemos descrito. Monsieur Dionisio correspondió á las cortesías de Gaspar y á sus arrastradas de pies, llevándose los dedos de la mano derecha al gorro y diciendo en mal castellano:

—Buenás tardés, señor.

Temió Gaspar que el director del colegio no pudiera sostener una conversación en castellano, y como á él le era imposible sostenerla en francés, juzgó que lo más prudente era callar, y á fin de dar al silencio apariencias de gravedad y sabiduría, púsose á recorrer los estantes de libros. Halló en uno de ellos las obras de Montaigne, autor favorito suyo, y echó mano al primer tomo; pero, por más esfuerzos que hizo, no lo pudo extraer, por la sencilla razón de que los libros estaban pintados. Queriendo el maestro distraerle de una ocupación que podía redundar en descrédito del colegio, le

dijo, señalando á Enrique y llevándole la mano hacia una esfera terrestre bastante hermosa:—“Este mochiacho estar muy fuerte en geografía,” y en seguida se puso á hacerle diversas preguntas en francés y español.

—¿En cuántas partes se divide la tierra?—En 365.—Esos son grados.—“C'est la même chose.—Non pas.”

—¿Cuáles son los trópicos?—Estos. (Enrique señalaba los círculos polares.)

—¿Dónde está la América?—Aquí. (Enrique señalaba el gran desierto de Sahara.)—No, sino acá.—“C'est du même.”

Gaspar, cuyos conocimientos en geografía no eran muy vastos, pues se limitaban, como cosmógrafo, á la existencia del sol, la luna y la estrella de la tarde; como geógrafo físico, á la enumeración de los cuatro elementos de la antigüedad: fuego, tierra, aire y agua, y como geógrafo político, á saber que fuera de México existen actualmente España, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, y existieron en lo antiguo las repúblicas griega y romana, se dió por satisfecho con las respuestas de su hijo, tanto más, cuanto al entrar en la sala habia creído que las estelas celeste y terrestre que

estaban á los lados de la mesa, medio cubiertas con elegantes fundas de gasa, eran ánforas para hacer rifas, puesto que iguales, al parecer, las había dejado en el palacio de ayuntamiento de su tierra natal.

Tras el examen de geografía vino el de historia antigua y moderna. Allí el galimatías de Enrique no tuvo igual. Casó á un hijo de Adán con una nieta de Noé; puso á Faraón, el perseguidor de los israelitas, en el Mar Rojo; en la categoría de los monarcas chinos, é hizo florecer á Cincinatus en los Estados Unidos del Norte. Gaspar se dió también por satisfecho.

Siguió el examen de física. Gaspar tocó la máquina eléctrica y llevó buen susto. Queriendo poner término á una serie de experimentos que ya le cansaban, el director quemó asafétida, y Gaspar salió á toda prisa de la sala, llevándose de la mano á su hijo y á Monsieur Dionisio.

Estaban precisamente los colegiales á la sazón en las horas de asueto ó recreo, que suelen ser las más. Gaspar presenció con gusto algunos ejercicios de esgrima, equitación y baile; en seguida, dos ó tres alumnos empuñaron sendos violines y le regalaron ó destruyeron los oídos, terminado lo cual, el

director presentó á Gaspar una enorme tarjeta de cartulina en que se hallaba impreso el programa de la educación impartida en su establecimiento, y que abrazaba las materias siguientes:

“Moral.

“Lectura y escritura.

“Aritmética y álgebra.

“Geografía.

“Matemáticas.

“Historia.

“Cronología.

“Teneduría de libros.

“Idiomas francés é inglés. (Elementos de griego.)

Esto, por lo que respecta á la educación intelectual. En cuanto á la educación física:

“Esgrima.

“Natación, equitación y toda clase de ejercicios gimnásticos.

“Baile.”

El programa terminaba con algunas advertencias por el estilo de las siguientes:

“Los alumnos deberán estar precisamente vestidos con arreglo á las últimas modas de París.

“Cada quince días habrá en el colegio un concierto á que podrán concu-

rrir las familias de los alumnos. Cada mes se dará á éstos un día de campo." Inútil es decir que con semejantes atractivos estampados en cartulina y repartidos profusamente en la capital y fuera de ella, Monsieur Dionisio había reunido en sus aulas lo más grande de la juventud mexicana. Los padres que estaban resueltos á enviar á sus hijos á París ó á los Estados Unidos, se dijeron que ya no hay necesidad de ello, puesto que acababa de establecerse un colegio "extranjero," y las madres, que temían separarse de sus retoños y que se debilitaran sus creencias religiosas ó se corrompieran sus costumbres, como si esto no pudiera suceder en el colegio de Monsieur Dionisio, acogieron al pedagogo como á salvador de ellas y bienhechor moral de los niños. ¡Cosas de las madres! En cuanto á los padres, una parte de ellos no entendía jota en materias de educación; otra parte consagraba exclusivamente su tiempo á los negocios, y otra, finalmente, á causas de sus propias ideas políticas, religiosas y literarias, estaba de acuerdo con el sistema de educación seguido por el homónimo del célebre tirano de Siracusa, también maestro de escuela. Este—no el tirano, sino el homóni-

mo,—había calado á Gaspar en el curso de la visita y, conociendo que todo lo podía arriesgar con él, púsose á explicarle la filosofía de su sistema de enseñanza. Las nociones religiosas que antiguamente se daban á los alumnos eran ya un anacronismo, según Monsieur Dionisio, en la época actual, cuando en todos los países ilustrados se ha substituído la moral filosófica al fanatismo religioso. "Los estudios intelectuales á que en los últimos siglos se sujetaba á los niños, acababan por extenuarles y destruirles. Más sabios los antiguos consagraron mayor esmero á la educación física y esto hizo que fueran indomables guerreros, ciudadanos patriotas y que las razas no degeneraran con la rapidez de hoy. Al estudio de una teología embrollada y de una metafísica indigesta é inútil, se han substituído los ejercicios corporales que facilitan la digestión y dan á las formas un desarrollo prodigioso. Antes se disputaba en las escuelas por medio de "ergos" y "distingos;" hoy no se disputa en cuanto á opiniones, porque todas son igualmente buenas y valen lo mismo: la tolerancia universal hace, mi señor don Gaspar, que si yo digo que esta mesa es blanca y usted dice que es negra, venga un

eclectico (hoy todos los hombres deben serlo), y diga que esta mesa tiene una parte de blanco y otra de negro, y que los dos tenemos razón. En cuanto á las miradas insolentes y á las graves faltas al honor, se castigan por medio del "box" y de la espada, y he aquí manifiesta la necesidad imperiosa del pugilato y la esgrima. Esta necesidad nos conduce á la necesidad de la natación y equitación, porque si usted mata á su contrario de una puñada ó le atraviesa con su florete el corazón, para no caer en manos de la justicia, cuyas reglas no se hallan á la altura de las exigencias sociales, tiene que montar á caballo y correr á todo escape, ó arrojarse á un río y atravesarlo á nado, huyendo de los gendarmes."

—Me parece muy acertado el sistema de usted, Monsieur Dionisio.

—Yo estar ufano, señor don Gaspar, de la aprobación de usted á mi sistema, tanto más cuanto que hay todavía muy pocas personas ilustradas en el Meccico, y este país se resiente mucho aún de la educación y de la influencia jesuíticas. Hay padres de familia que vienen con la pretensión de que sus hijos aprendan el catecismo del Padre Ripalda y la gramática castellana como si aun estuviesen ustedes

bajo el régimen colonial, y ¿cómo satisfacerles cuando mi sistema no se halla al alcance de su comprensión ni de acuerdo con sus ideas? Por haber yo manifestado las mías con alguna franqueza á una persona distinguida que tenía dos niños suyos en mi establecimiento, perdí casi la tercera parte de mis alumnos. Esas gentes de sotana....

—No me hable usted de ellas, Monsieur Dionisio, porque se me derrama la bilis.

—¡Oh, señor don Gaspar! Usted sosegarse y calmarse; pero esas gentes luego que supieron cómo opinaba yo en materias religiosas, comenzaron á influir en las familias para que sacaran de mi colegio á los niños, asegurando que aquí se extraviaban y pervertían. Quiso la desgracia que hubiese dos ó tres escándalos causados por jóvenes de mala cabeza, predestinados al vicio á causa de la conformación de su cráneo, y esto dió un golpe casi mortal á mi instituto. Pero yo espero que con la protección de una persona tan notable en la política como usted, mi casa se podrá levantar á la altura que merecen mis esfuerzos, y yo podré rechazar ciertas trabas que pugnan con

mis ideas y que todavía me es preciso soportar si no quiero arruinarme.

Gaspar ofreció á Monsieur Dionisio conseguirle la medalla de instrucción pública y cierto número de niños pagados por el ayuntamiento; recomendarle ante muchas personas influyentes de México y sostener por medio de los periódicos la bondad de su sistema, poniendo de paso á la vista las tenebrosas maquinaciones empleadas por el clero á fin de desacreditarle y arruinarle. Terminadas tales ofertas se despidió de su hijo y del director, quienes salieron acompañándole hasta la puerta.

—He aquí—se dijo Gaspar de vuelta á su posada—un establecimiento de educación que hace honor al país, y que á la vuelta de pocos años producirá ópimos frutos en favor de las buenas ideas.

Volvamos nosotros al colegio y al cuarto de Enrique. A poco de haber salido Gaspar, ya estaban reunidos con su hijo los camaradas á quienes conocemos.

—¿Sabes que tu padre tiene una facha eminentemente ridícula?

—¿Y sabes que te pasas tú de insolente con decírmelo?

—¡Bah! ¡Precauciones todavía! En

señal de que te perdono esos rasgos de quijotismo, restos de tu educación de provincia y de las rancias que te ha imbuído tu madre, me voy á dejar ganar por tí unas cuantas pesetas.

—Es que ya te debo treinta pesos y no tengo con qué pagártelos.

—No importa, ya veremos cómo se arregla ese asunto. Escribirás á tu padre una carta, diciéndole que es preciso que te aumente la mesada, pues no te alcanza para tus gastos.

—Ya me la ha aumentado dos veces, advirtiéndome que me ciña al dinero que me envía, porque no me puede dar más.

—Ya te he dicho que no hablémos de eso. ¿Tienes tú los naipes, Lucas?

—“¡Parbleu! Me los eché en el bolsillo luego que entró “le bon bourgeois.”

—¿Treinta y una, ó albures?

—Albures.

—Bebamos antes una copa á la salud de la ganancia de Enrique, dijo Lucas.

—Bebamos, contestaron todos, lo hicieron como lo dijeron.

—Dos de oros y sota de bastos. ¿A qué vas, Enrique?

—Al dos.

—Se va el albur.... Sota, y aumentá, Lucas, dos pesos al cargo de En-

rique. ¡Venga otra copa! Bebe, Enrique, para que se te despeje la facultad del cálculo. ¿Y el director?

—Se entretiene con el "Emilio" de Rousseau.

—Siete de espadas y cinco de copas.

¿A qué vas, Enrique?

—Al siete.

—Se va, señores. . . . Cinco de oros á la puerta. Lucas, aumento dos pesos más á la deuda de Enrique.

Siguieron así jugando y bebiendo hasta las ocho de la noche. El humo de los cigarros formaba una espesa nube en el interior de la pieza, y de aquellas bocas, casi infantiles aún, salían horribles blasfemios ó gritos de júbilo, según las alternativas de pérdida ó ganancia. Al oír las ocho, Enrique se levantó de la mesa exclamando: "Ya no quiero jugar."—¿Por qué? le preguntó su contrario.—"Porque te debo ya cincuenta pesos y tengo una cita á esta hora."

—Pues mira, antes de acudir á ella, arreglemos cuentas. ¿Cuándo se va tu padre?

—Dentro de unos ocho días.

—Pues bien; ahí tienes la pluma y papel: escribe la carta que te voy á dictar.

—Pero, . . .

—¿Cómo es eso de "pero"? ¿Ya no te fías de mi discreción? ¿Ya no quieres que yo te dirija?

—Estoy pronto á escribir; pero dictame aprisa.

—¿Estamos hoy á 31 de Julio? Pues pon: "Agosto 9 de 184***. Querido papá. Por un compromiso de amigos he jugado y he perdido. Usted me ha dicho que es preciso conformarse con los usos de la sociedad y admitirlos, á fin de no pasar por una especie de hurón ridículo. Se me ha invitado á jugar, no me he podido excusar decentemente, y he jugado. Usted me ha dicho también que las deudas del juego son sagradas; yo he perdido cien pesos. . . .

—Eso es falso. Yo no debo más que cincuenta.

—¡Sandío! ¿Y no has de volver á jugar? ¿O piensas escribir una carta así cada mes? Continúa. . . . "Yo he perdido cien pesos, y acudo á usted á fin de que los envíe y salve así la honra de su apasionado hijo.—Enrique."

Ahora cierra la carta, ponla una cubierta y entrégamela. Yo la enviaré por el correo después que se haya ido el camueso de tu padre, á fin de evitarte una reprimenda.

—Ahí tienes la carta y estamos á mano.

—Lo estaremos cuando hayas recibido el dinero y entregádome los cincuenta pesos.

Disolvióse la reunión, y Enrique, casi tambaleándose por efecto de las copas que había tomado, atravesó los corredores del colegio y por medio de una escalera de mano trepó á la azotea; recorrió un corto espacio de ella, se asomó á la de una casa contigua que quedaba más baja, amarró fuertemente una cuerda á la citarilla de la azotea del colegio y se descolgó. Enrique iba á una cita, según lo había dicho á sus compañeros.

“¡Exageración! ¡Caricatura!—exclamará tal vez alguno de mis lectores.—Un muchacho de menos de catorce años de edad no puede tener las inclinaciones ni los vicios de un joven de veinticinco.” Pero si este lector se toma el trabajo de examinar desapasionada y filosóficamente nuestras úlceras sociales, se convencerá de que la marca del vicio aparece con lamentable precocidad en la frente de los niños en quienes se juntan las malas inclinaciones de Enrique á la pésima educación que le dió su padre y á la corrupción que le contaminó en el colegio. Los

efectos de las malas compañías se hacen sentir más tarde respecto de los caracteres nobles de por sí y que han sido formados por medio de sólidas lecciones cristianas en el seno de una familia arreglada y virtuosa; pero respecto de los seres de quienes pudiera decirse que tienen disposición innata para el vicio, las malas compañías obran en ellos como el ardiente sol de los trópicos que hace brotar, crecer y desarrollarse con rapidez las plantas venenosas. Cuando se está convencido de esta verdad, no se comprende la indiferencia y el descuido de los padres que ponen á sus hijos sin criterio alguno, bajo la dirección y la influencia de un maestro cuyas lecciones y cuyos ejemplos van á formar definitivamente el carácter de los niños, y á decidir de su suerte futura bajo las diversas fases social, política y religiosa.

Enrique iba á una cita. ¿Era una cita de amor? ¿No profanemos este nombre! El amor se hace presentir en los primeros años de la juventud, cuando raya para el hombre la aurora de la inteligencia, y no produce sus verdaderos frutos encantando el corazón y abriendo nuevos horizontes al espíritu, sino más tarde, cuando tiene lágrimas que enjugar, dolores que adorme-

cer y engaños y decepciones que hacer olvidar. Pero así cuando se hace presentir en la mañana de la vida, como cuando presta valor, esperanza y consuelo al ánimo del hombre ya formado, es una flor que no se abre en los terrenos pantanosos ni entre el corrupto follaje de los vicios; hija del cielo, brilla esa flor entre los buenos sentimientos que constituyen la felicidad del hombre, de la familia y de la sociedad; subsiste á la sombra de las virtudes, y se endereza constantemente al cielo, que es el lugar de su origen y de su final destino.

VI

AMELIA

Habían transcurrido cinco años. Enrique continuaba en México, en el colegio. Gaspar se había retirado á la provincia, donde llevaba una vida sedentaria y monótona, aunque en continua correspondencia con los principales personajes de su partido. En los días á que se refiere este capítulo, Gaspar, Octaviana y Amelia habían ido á pasar una temporada en la hacienda

del primero, la misma que años atrás se incendió en ausencia suya, y que era dirigida, como creemos haber dicho, por un antiguo y hábil administrador.

Tenía en él tal confianza Gaspar, y, por otra parte, le asistía un conocimiento tan escaso de las cosas del campo, que para nada se ingería en la administración de la hacienda, entreteniéndose mientras permanecía en ella, únicamente en leer, cazar ó montar á caballo. Con frecuencia, cuando le llegaban de México nuevos libros, se encerraba en su cuarto días enteros á devorarlos sin reunirse con su esposa y su hija, sino en las horas de la comida.

Octaviana y Amelia eran inseparables. Dormían juntas en una misma pieza; se levantaban con el día, se aseoaban y vestían lo mismo que si estuviesen en la ciudad; algunas veces montaban á caballo, y otras emprendían paseo á pie por el bosque inmediato. Después de almorzar se sentaban á coser junto á una ventana que daba al camino de la ciudad; después de comer hacían lo mismo, hasta que llegaba la noche, y con ella una que otra visita. En ninguna parte se gusta como en el campo de los placeres de